

## SIN RENCOR

Aún recuerdo mis primeros años. Cuando yo llegué ya había niños en casa. Todos llevaban meses esperando mi llegada, les hacía mucha ilusión que por fin hubiese un nuevo miembro en la familia como yo. Recuerdo que no me soltaban ni un segundo, me peinaban, me ponían trajes, me echaban colonias... era como su peluche favorito.

Papá y mamá también me adoraban, cada día me servían mi comida favorita, veíamos películas juntos, por las tardes dábamos largos paseos por el parque y si tenía miedo por la noche me dejaban dormir con ellos.

Puedo asegurar que los primeros fueron los mejores años. Los siguientes también fueron buenos, todos me querían mucho, pero ya no era el bebé de la casa, y claro, no recibía tantas atenciones. Al principio, me sentía triste, pero con el tiempo empecé a disfrutar de esta nueva clase de "independencia". En esta época también comencé a tener una preferencia por el jardín más que por el interior de la casa, me lo pasaba en grande allí fuera, las tardes entre las plantas eran una aventura, lo malo de ser un explorador es que hay que ensuciarse, y a mamá no le hacía ninguna gracia que volviera lleno de barro y manchara el suelo recién fregado.

Más tarde llegó mi adolescencia, y con ella grandes cambios. Creció en mí un nuevo interés, las chicas, nunca me había fijado en ellas, pero de repente descubrí lo guapas que eran algunas. Además, yo siempre he sido muy social, por lo que no tenía ningún reparo en acercarme a ellas y presentarme; pero eso a mis padres no les parecía bien, creo que por mucho que hubiese crecido ellos aún me veían como un niño, les encantaba protegerme, pero tenían que entender que yo ya tenía una edad y que quería una novia.

Mi juventud pasó, más rápido de lo que me hubiese gustado la verdad, los niños crecieron, y algunos ya ni siquiera vivían en casa, mis padres también estaban más mayores, ya no tenían la misma energía y tampoco eran igual de cariñosos que al principio. Echaba de menos los momentos tan divertidos que solíamos pasar, ahora ya nadie me hacía caso, pienso que todos crecieron más rápido que yo, aún tenía ganas de jugar y de pasar tardes en el jardín, pero los demás se habían vuelto muy serios, nunca tenían ganas de nada, siempre estaban cansados y se pasaban el día en el sofá, lo cual a mí siempre me ha parecido de lo más aburrido.

Las cosas comenzaron a torcerse, a nadie le gustaba mi comportamiento un tanto infantil, pero yo era así, y por mucho que lo intentara, no podía cambiar. Todos los días me regañaban, era como si cada cosa que hiciese estuviera mal, y lo que antes les hacía gracia, ahora les irritaba. Lo que peor llevaba eran esas noches en las que estaba asustado, porque mis padres ya no querían que durmiera en su cama, y eso que era una cama enorme y sobraba sitio.

Unos años más tarde, en verano, hacía un calor sofocante, estaba metido en casa y aquello parecía un horno, estaba agobiado, incluso algo mareado por el intenso calor,

necesitaba salir y respirar, aunque posiblemente fuera hiciese aún más calor, pero no podía pensar en otra cosa, en lo bien que estaría yo en mi pequeño jardín a la sombra del manzano. Suena raro que con lo simple que sonaba mi deseo no lo realizase, es decir, sólo tenía que bajar las escaleras y salir por la puerta, algo bastante fácil, pero claro siempre hay un inconveniente, al llegar a la puerta estaba cerrada y yo no podía abrirla, en esos momentos estaba solo en casa, por lo que tampoco podía pedirle a alguien que abriese, pero es que yo quería salir, tampoco pedía tanto. Una idea brillante acudió a mi mente, buscar unas llaves, se habían ido todos juntos, así que llevarse todos los juegos de llaves no era necesario, alguna que abriera la puerta debería estar en algún rincón de la casa. Empecé a rebuscar en los lugares más obvios, los dormitorios, aún conservaba mis habilidades de explorador de jardines así que sabía perfectamente lo que tenía que hacer, lo malo es que del mismo modo que revolví la tierra revolví toda la habitación, parecía que un gran tornado había arrasado con todo, los libros por el suelo, los cojines debajo de la cama, la ropa fuera de los cajones y un zapato desaparecido, y ninguna llave a la vista. Por desgracia para mí, decidí seguir buscando y que antes de que llegasen todos, recogería el gran estropicio. Fui de habitación en habitación, no deje nada por revisar, busque hasta en los baños, lugar no muy común para guardar llaves. La peor parte se la llevó el salón, el precioso y carísimo sofá, orgullo de toda la familia, estaba irreconocible, pero aún hay más, mientras que buscaba detrás del mueble de madera, la televisión cayó al suelo, y tras un gran estruendo, pude comprobar que nunca más íbamos a poder disfrutar de una película en ella. La búsqueda se alargó y oí la puerta, habían vuelto, me sentí como un delincuente que es sorprendido por la policía en mitad de un delito, como unos niños que son descubiertos por el profesor copiando en un examen. La primera reacción fue la de mamá, que por muy lejos que estuviera de mí, escuché sus gritos como si se encontrara a un centímetro de mi oído, gritó palabras que nunca hubiera imaginado que siquiera pudiese pronunciar, pero en seguida cesaron los gritos y comenzaron los sollozos, supongo que acababa de pasar al salón. A continuación, papá y los niños que ya no eran niños dieron paso a una serie de preguntas a las que sólo yo podía responder, preguntaban qué había pasado y por qué, también les interesaba el quién y el cómo, lo único que estaba bastante claro era el cuándo y el dónde. Ninguno de ellos tenía la culpa y merecían una explicación, además, somos familia, si fueran unos desconocidos sería mucho peor, ya que no habría ningún sentimiento que les empujase a perdonarme.

Cuando me vieron bajar no hicieron falta palabras, mi cara delataba mi culpabilidad, y antes de que hubiese pisado el último escalón, comenzaron las quejas y reproches, todos me chillaban a la vez, incluso me cayó alguna colleja, fue la mayor bronca que había recibido nunca, me quedaría corto si dijese que duró varias horas, en realidad el tema del desastre de esta tarde sólo ocupó una media hora, pero fueron enlazando incidentes anteriores, y cada vez me echaban la culpa de más cosas.

Después de eso todos menos yo se encerraron en la cocina, yo me quedé en la puerta escuchando, no se entendía muy bien lo que decían, gritaban y lloraban mucho, bueno,

papá creó que no lloró. Estuvieron ahí dentro bastante tiempo, pero al final supongo que llegaron a un acuerdo ya que todos decían: Por mucho que nos cueste será lo mejor.

Esa misma noche todos me abrazaron con lágrimas en los ojos, yo pensé que se arrepentían de haber sido tan duros conmigo hacía unas horas, pero se trataba de otra cosa. También abrieron la puerta, un bonito paseo nocturno pensé, pero de nuevo de otra cosa se trataba, el único que iba a pasear era yo. Salí y la puerta se cerró tras de mí. Inocente pensé que tenía que esperarlos, y eso hice, pero pasaba el tiempo y mi familia no salía, comencé a golpear suavemente la puerta, y sentí como los pasos se acercaban para abrirme, pero nadie abrió. Golpeé más fuerte la puerta, incluso la arañé, pero aun sabiendo que yo quería entrar, nadie me abrió.

Me di cuenta, de que esa puerta no se iba a abrir, habían decidido que ya era hora de que viviera fuera del hogar, así que dándome por vencido y con el rabo entre las piernas me fui. Sin saber qué hacer me fui. Anduve perdido hasta llegar al parque, y al pisar la misma arena que había pisado desde hace años con mi familia, los recuerdos me abordaron. Todo había cambiado demasiado, quizás era culpa mía, quizás yo era la víctima, o tal vez eran cosas que pasan. No dormí esa noche, sólo recordé.

Ya ha pasado mucho tiempo desde entonces, no sé cuánto la verdad, cuando salí de casa deje de llevar la cuenta de los días, realmente ya no llevo la cuenta de nada, tal vez sea porque no tengo nada que contar. En cierto modo mi actual vida es más simple, no tengo nada de que ocuparme, ya que no tengo nada, bueno, sólo tengo una única preocupación, que no me atrapen, he oído que si lo hacen te llevan a un horrible lugar, lo llaman perrera, y por lo que sé no se sale de allí.

Aún recuerdo mis primeros años, los recuerdo lejanos, como si fueran una película y yo un espectador, como si no fuesen míos, de todas formas me gustan mis recuerdos, son recuerdos felices, me lo paso bien pensando en ellos. También recuerdo a mi familia, me duele que me echaran, pero no les guardo rencor, ellos me dieron mucho durante mucho tiempo, me acogieron como a uno más y me quisieron, me resulta imposible enfadarme con ellos. Desde entonces alguna vez paso por delante de casa, cuando lo hago me escondo bajo la ventana sin que me vean, cuando no se dan cuenta miro a través de ella y veo cómo van las cosas por allí. Mamá ahora es abuela y papá abuelo, los niños ya no viven allí, y el jardín sigue tal y como estaba. Hay una foto en el salón, está donde antes estaba la tele, es una foto enorme, es una foto que se tomó hace tiempo, en ella salimos todos, es decir, yo también aparezco en ella, me pongo muy contento cada vez que paso y la veo, eso es que todavía se acuerdan de mí.

CLARA MARTÍNEZ VIVERO